

JONATHAN SCHELL

Un agujero en el mundo

El martes por la mañana arrancaron una pieza de nuestro mundo. Un trozo de cielo azul que no debería estar allí se abrió en el horizonte de Nueva York. En mi barrio —vivo a ocho manzanas del World Trade Center— llovían del cielo seres humanos. Nuestra ciudad cambió para siempre. Nuestro país cambió para siempre. Nuestro mundo cambió para siempre. Harán falta meses para saber qué ocurrió, mucho más para sentir tanto dolor, y más aún para comprender su significado. Sin embargo, ya es evidente que uno de los aspectos de la catástrofe es de suma importancia para el futuro: el peligro del uso de armas de destrucción masiva y, en especial, del uso de armas nucleares. Este peligro incluye su utilización por un grupo terrorista, pero no se limita en absoluto a ello, sino que forma parte de un peligro mayor del que se hace caso omiso desde el final de la guerra fría.

Entre el pequeño número de personas que en los últimos años sienten preocupación por las armas nucleares se solía decir que no se volvería a prestar atención a este tema hasta que se lanzara de nuevo un arma nuclear en alguna parte del mundo. Entonces, pensaba este diminuto grupo, el mundo abriría los ojos ante este peligro. Muchos de los ingredientes de la catástrofe eran evidentes. Los reiterados atentados suicidas con bombas en Israel dejaban claro que había personas tan poseídas por su causa que, en una exaltación de odio, harían cualquier cosa por ella. Muchas informaciones —una de las últimas un artículo publicado en el New York Times la misma mañana del atentado— recordaban a la opinión pública que el planeta estaba lleno de materiales nucleares y de medios para obtener otras armas de destrucción masiva. Rusia está repleta de los primeros. Los terroristas suicidas y el mercado de materiales nucleares eran el dos y dos que apuntaban hacia el proverbial y necesario cuatro. Pero la historia es una embaucadora y los dados trajeron un horror imprevisto. Nadie había identificado a los aviones comerciales como armas de destrucción masiva, pero a la diabólica imaginación de quienes concibieron los atentados del martes se le ocurrió que podrían serlo y el invento iluminó la naturaleza del terrorismo en la era moderna. Estos terroristas no llevaban bombas, sólo cuchillos, si se ha de dar crédito a las

Jonathan Schell es corresponsal de *The Nation* de temas de paz y desarme y miembro del Harold Willens Peace del Nation Institute. Este artículo fue publicado el 13 de septiembre de 2001 en *The Nation*. Reproducido con la autorización de la publicación.

Traducción:
Berna Wang

informaciones iniciales. En pocas palabras: las tremendas fuerzas de la sociedad técnica moderna —en este caso, aviones Boeing 767 repletos de combustible— se volvieron contra ella.

Lo mismo sucede con las armas de destrucción masiva más conocidas. Sus materiales pueden construirse a base de cometer errores, desde cero, como estuvo a punto de hacer Irak de no haberse desencadenado la guerra del Golfo y como han hecho Pakistán y la India; o pueden ser desviados desde los arsenales rusos o, por qué no, estadounidenses, ingleses, franceses o chinos. En un caso, son los conocimientos y la experiencia nucleares lo que se vuelve contra sus inventores; en el otro, es su maquinaria. En cualquiera de los dos, es un bumerán —el uso de una capacidad técnica contra su propio creador— y, como tal, representa las acusadas tendencias suicidas de la sociedad moderna.

Naturalmente, esta inclinación suicida —captada con precisión en el nombre de la política nuclear aún vigente de “destrucción mutua garantizada”— existe en formas aún más demoledoras que los posibles atentados terroristas. La India y Pakistán, que poseen armas nucleares y han librado recientemente una de sus numerosas guerras calientes, son los candidatos con más posibilidades. Lo más importante —y lo que se olvida con más frecuencia— son las cerca de 30.000 armas nucleares que sigue habiendo en los arsenales de Rusia y EEUU. El Gobierno de Bush ha anunciado su intención de abandonar el tratado de misiles antibalísticos de 1972, que prohíbe las defensas antinucleares, y los rusos han respondido que si se abandona este tratado podría irse al traste todo el marco del control de las armas nucleares construido durante treinta años. No hay ninguna discrepancia entre EEUU y Rusia que sugiera la posibilidad de que se produzca un intercambio nuclear entre ambos países, pero otra cosa son los accidentes y, como han demostrado los atentados del martes, el clima e incluso la estructura del orden internacional pueden cambiar de la noche a la mañana.

¿Qué se debería hacer? ¿Deberían ser juzgados y castigados los terroristas que cometieron los atentados del martes como quiere el presidente? Naturalmente que sí. ¿Quiénes deben ser castigadas sino las personas capaces de lanzar un cargamento de seres humanos inocentes contra un blanco fijo constituido por otros seres humanos inocentes? (Sin embargo, cuando se pondera la eficacia —distinta de la satisfacción— del castigo, conviene recordar que los autores materiales ya se han autoinfligido el presunto castigo máximo de la muerte.) ¿Deberían tomarse más medidas para proteger al país y al mundo del terrorismo, incluido el terrorismo nuclear? Sí, se deberían tomar. Pero incluso si hacemos todo esto, debemos aferrarnos, como a la propia vida, a una verdad fundamental que conocen todas las personas serias desde la destrucción de Hiroshima: no existe ninguna solución técnica a la vulnerabilidad de las poblaciones modernas ante las armas de destrucción masiva. Tras los atentados, el secretario de Defensa Rumsfeld puso a las fuerzas armadas estadounidenses en estado de alerta máxima y ordenó a los destructores y los aviones de transporte que tomaran posiciones a lo largo de las costas de EEUU. Pero ninguna de estas medidas puede revocar la vulnerabilidad de la sociedad moderna ante sus propios inventos, lo que revela ese desgarrador hueco en el horizonte de Nueva York. Esto, obviamente, es también cierto para esa otra línea Maginot,¹ la propuesta del sistema de defensa

nacional antimisiles. Se están gastando treinta mil millones de dólares al año en servicios de información. Podemos suponer que parte de esa cantidad estaba dedicada a proteger el World Trade Center después de que sufriera su primer atentado en 1993. Puede que se hayan cometido errores —y quizá los descubramos—, pero nadie en el mundo puede demostrar que el gasto de una cantidad, incluso diez veces mayor, puede impedir un atentado terrorista contra EEUU ni contra ningún otro país. Lo impide la combinación del extraordinario poder de la tecnología moderna, de la difusión universal e instantánea de la información en la era de la información y de la movilidad inherente a una economía globalizada.

Sin embargo, el hombre no es sólo un animal técnico. Aristóteles dijo que también somos animales políticos, y es a la política a donde hemos de regresar para buscar soluciones que sirvan de algo. Eso significa volver a los tratados que EEUU desechaba hace poco como si fueran periódicos viejos, como los relativos a la Corte Penal Internacional (útil para localizar a terroristas y hacer que comparezcan ante la justicia), al calentamiento global y, sobre todo y naturalmente, a las armas nucleares y a las demás armas de destrucción masiva, biológicas y químicas. La seguridad nacional de EEUU y de otros siete países depende ahora de la ejecución como represalia de una destrucción un millón de veces superior a los atentados del martes. Hay que encontrar una salida a esta locura en la que no sólo nos ponemos en peligro a nosotros mismos, sino también a los demás. Redescubrirnos como animales políticos significa también comprender los orígenes del odio que se ha granjeado EEUU en un decenio de descuido y, lo que es peor, descuido de los asuntos internacionales. Aunque para muchos esta es una tarea sumamente desagradable en las actuales circunstancias, es indispensable para la futura seguridad de EEUU y del mundo.

Sería poco respetuoso con los muertos restar trascendencia a la catástrofe que se ha abatido sobre Nueva York. Pero, al mismo tiempo, no debemos olvidar que podría haber sido peor. Perder dos enormes edificios y a las personas que estaban en ellos es una cosa; perder toda Manhattan —o mucho, muchísimo más— es otra. El hueco en el cielo puede extenderse. Esto ha sido un aviso.

*La seguridad
nacional de
EEUU y de
otros siete
países
depende
ahora de la
ejecución
como
represalia
de una
destrucción
un millón de
veces
superior a los
atentados del
martes*

¹ Nombre procedente del sistema de fortificaciones creado por André Maginot, ministro francés de guerra (de 1922 a 1924, y de 1929 a 1939), en la frontera francoalemana.